

Servicio de préstamo de libros en la sección de Pediatria del Hospital de Tudela

Teresa BELLIDO *

LA idea de establecer un servicio de préstamo de libros en la sección de pediatría del Hospital de Tudela surgió a raíz de una visita que hice a un niño ingresado en el hospital. No hacía falta ser buen observador para darse cuenta de que allí faltaba algo. La sala de juegos se componía de unos pocos juguetes rotos o demasiado deslucidos y un lote de libros que no superaría la docena, apilados sin criterio y en un estado mucho más deplorable que los juguetes. Una pizarra y unas tizas completaban la lista de entretenimientos que se ofrecía a los niños.

Teniendo en cuenta que las edades de los ingresados en esta sección van de los cero años a los 15, y que el tiempo de hospitalización de los niños oscila entre dos días y una semana, normalmente, y que la actividad que desarrollan en ese tiempo ha de ser reducida, pensé que los libros eran casi la única alternativa que les quedaba a estos niños para olvidar sus males y atravesar los muros del hospital, sumergiéndose en mundos maravillosos más agradables.

22 El niño al que fui a visitar tenía tres años de edad y estaba ingresado por salmonelosis. La verdad es que estaba bastante pachucho y no tenía ganas de nada, pero me preguntó si le había llevado un cuento, por aquello de que él sabe que yo trabajo en una biblioteca. Y entonces fue cuando se me ocurrió utilizar los libros de la biblioteca para hacer préstamo en el hospital. Juego y enfermedad, a veces, pueden estar reñidos, pero lectura y enfermedad siempre han sido aliados. Me vienen a la memoria las palabras de Soledad Puértolas, en la conferencia que dio en Pamplona en abril de este año, contando sus largos periodos de convalecencia cuando era niña, metida en la cama, rodeada de cojines y leyendo los libros de Celia. Se podría decir que su situación era envidiable, tal y como lo contaba. Libre de cualquier otra actividad que no fuera la lectura.

Poco a poco, fui madurando la idea y pensando la forma de llevar a cabo esta actividad.

Objetivos

- Entretener a los niños que deban pasar unos días ingresados en el hospital, con un material tan sencillo como los libros.
- Captar nuevos lectores en un lugar en el que la aparición de una bibliotecaria con libros puede ser más impactante y difícil de olvidar a la hora de sensibilizar a los niños hacia la lectura, que en cualquier otra situación.
- Ofrecer un servicio que ya debería estar instalado en un hospital: préstamo de libros a los que estén en condiciones de leer.

- Promover la lectura, sacando los libros de los estantes que ocupan en la biblioteca para llevarlos a otro sitio donde pueden ser útiles.

Materiales

Libros, tarjetas blancas modelo 1415 para recoger los datos de los niños y papeletas de préstamo.

Inicio

Una fecha clave para iniciar la actividad fue el 23 de abril, Día del Libro, y a partir de ahí, duración infinita, hasta que por motivos no previstos hubiera que suspenderla.

Desarrollo

Un día a la semana, previo acuerdo con el hospital, llevaría un lote de libros a la sección de pediatría. De forma individual, iría mostrando los libros a los niños, de acuerdo con su edad (desde 20 meses hasta 15 años) y ellos podrían elegir tres libros de entre los que ofreciéramos, comprometiéndose a devolverlos una vez acabe su estancia en el hospital. El control de los préstamos se haría igual que con el resto de usuarios de la biblioteca. Los libros no elegidos volverían inmediatamente a los estantes.

El primer paso fue hablar con el jefe de pediatría del Hospital de Tudela, pidiéndole permiso para llevar a cabo esta actividad. No sólo me lo concedió, sino que me pidió que empezara cuanto antes, que les haría un gran favor. El siguiente paso fue hablar con la supervisora de enfermeras, para ver hasta qué punto podían ellas controlar los libros que quedaran prestados en el hospital. Llegamos a un acuerdo, en el que ellas se comprometían a recoger los libros que dejaran los niños cuando fueran dados de alta y guardarlos en un armario cerrado con llave, hasta que yo volviera a la semana siguiente. Hice un cartel para colocar en el interior de las puertas de las habitaciones avisando a los niños para que devolvieran el libro antes de irse a casa y recordándoles que en sus respectivos pueblos tienen una biblioteca que les ofrece este servicio de préstamo.

Al principio pensé que los niños que no hubieran acabado el libro y quisieran llevárselo a su casa, pudieran hacerlo, devolviéndolo luego en la biblioteca de su pueblo. Las bibliotecarias podían mandarme por correo los libros devueltos. Así, el servicio ofrecido sería completo, y no corríamos el riesgo de dejar a medias a ningún ávido lector, pero la experiencia real hizo que tuviera que abandonar esta idea, ya que se perdió algún libro, porque una vez abandonado el hospital se olvidaban de su compromiso. Ahora se pone como norma dárselo a la enfermera cuando reciben el alta.

Desde el principio conté con la ayuda de Fanny, la bedel, que me acompaña voluntariamente a repartir libros entre los niños, siempre que puede. El cambio de expresión en sus rostros y en el de los adultos que los acompañan, cuando entramos en las habitaciones es signifi-

ficativo. Todos esperan a esas horas de la mañana la visita del médico con buenas o malas noticias, o de una enfermera con jeringuilla o termómetro, o de un celador que avisa que ya es hora de bajar a operar, así que cuando entramos nosotras, empujando un carrito lleno de libros y anunciando que venimos de la Biblioteca Pública, las expresiones y los comentarios son de júbilo, sobre todo de las madres hacia los niños. «Mira, David, ¡qué bien!, te traen cuentos», «Andrea, ¡mira!, vamos a elegir un cuento para leer», «No sabes qué bien me has venido. Ahora iba a ir a comprarle algo para que se entretuviera».

Y es que con las prisas con las que los padres llegan al hospital con los niños y con la preocupación de qué les pasará, se olvidan de llevar algo para que el niño se entretenga. Antes de entrar en las habitaciones, la enfermera nos da una lista con los nombres y edades de los niños a los que podemos visitar, así cuando entramos, nos dirigimos directamente a ellos, llamándolos por sus nombres.

Cada miércoles llegamos al hospital, cargadas con dos cajas de libros para niños de todas las edades. El primer día, la enfermera avisó previamente a los padres de que íbamos a entrar a ofrecerles libros de la Biblioteca y si daban su permiso, entrábamos. Este ritual ya lo hemos abandonado, porque ahora nos abren todas las puertas, pero al principio pensamos que podía haber padres que quisieran guardar en la intimidad la enfermedad de su hijo. Nos encontramos un caso de una niña de 15 años, paralítica cerebral, cuya madre prefirió que no entráramos. Dijo que ella le hablaba y le cantaba a su hija y que con eso le bastaba.

24 Sin embargo, la madre de otro niño en la misma situación, éste de tres años, nos invitó a entrar y nos recibió con mucha alegría. Ella, todos los días, le lee un cuento a su niño y le enseña los dibujos. Dice que a su hijo le gustan los libros con dibujos grandes. Hemos encontrado lo que quería para el niño y ella se ha quedado un Astérix para reírse un rato.

Dos niñas de cuatro años se han quedado asombradísimas cuando nos han visto entrar con la caja de libros. Inma y Eva, las dos con un brazo escayolado no han dudado en elegir libros de entre el montón que hemos puesto sobre su cama.

Otro niño de 12 años, al que operaban al día siguiente, ha quedado encantado con los *comics* y algún libro de terror que le hemos ofrecido.

Entramos en las habitaciones cuando los niños han terminado de desayunar, y más de uno se ha terminado la papilla, absorto en los dibujos del libro que le contamos, mientras su madre aprovecha para introducir la cuchara en su boca.

El número de pacientes es muy variable cada día. A veces un solo niño, otras hasta doce ingresados.

Lo primero que hacemos, cuando llegamos, es comprobar los libros devueltos y retirar las fichas de préstamo. Esto funciona igual que en la biblioteca. Se hace una ficha de cada niño y se les rellenan las papeletas de préstamo. Cuando los libros han sido devueltos, se tiran las fichas de control y se guarda la tarjeta en la que constan los datos del niño.

El segundo día, viene a hablar con nosotros la encargada de atención al paciente. Está bastante enfadada porque se ha enterado de que se ha abierto un servicio de préstamo de libros únicamente en la sección de pediatría y no se ha pensado en los enfermos adultos que acuden a diálisis y tienen que estar dos horas tumbados en una cama sin moverse, por poner un ejemplo.

Estamos totalmente de acuerdo con ella en que ofrecer un libro a estos pacientes podía ser beneficioso para que durante esas horas se evadieran y dejaran de ser tan conscientes de su enfermedad, tuve que explicarle que la idea había surgido de la Biblioteca Pública, no del Hospital, y que yo, como responsable de la Biblioteca infantil, me limitaba a ofrecer libros únicamente en la sección de pediatría, y que no podían exigirnos más.

Además yo no me puedo hacer cargo de una labor de tal envergadura, como es hacer préstamo a adultos, ya que no sólo los que van a diálisis necesitarían un medio de evasión, sino también los familiares que pasan allí horas muertas y muchas noches en vela, el que está ingresado sin ningún mal aparente y se aburre tremendamente, el que tiene un hueso roto y está inmovilizado en la cama, etc.

Una vez todo aclarado iniciamos nuestra ronda por las habitaciones. Nos encontramos a dos niños que continúan allí desde la semana pasada. Se alegran de poder cambiar los libros porque ya los han leído.

Lía y Garazi, de 5 y 6 años, con un brote de varicela salvaje, estaban en la cama bastante mustias. Garazi se ha levantado a coger un cuento de la caja pero Lía casi no se podía despertar. Al final, por insistencia de su madre, le hemos enseñado el libro de las sombras y hemos estado viéndolo con ella. Se ha empezado a animar y ha cogido desde la cama tres cuentos para leer. Pero mientras le rellenaba las fichas de control, ha empezado a vomitar y yo no la he seguido de milagro. He podido disimular gracias a la mascarilla que llevábamos puesta.

Cuando hemos salido de esta habitación, el pediatra nos ha aconsejado no entrar a visitar a niños que están en régimen de aislamiento. En estos casos y cuando es posible, dejamos los libros a la enfermera y ella se encarga de recoger los datos de los niños.

Un niño de 11 años ya tenía un libro que le había comprado su madre, para pasar los días de ingreso. Con cara de pocos amigos ha dicho que no quería ningún otro libro. Su madre ha insistido para que al menos los viera, pero no ha consentido. Respetando su decisión nos vamos sin insistir más.

Juan, de cinco años, está solo en una habitación enorme. Hemos apro-



vechado para sacar todos los libros y extenderlos por el suelo. Después de darnos una conversación digna de ser oída, no ha dudado en elegir dos libros de Disney.

Quiero contar también el caso de un niño portugués, afincado en Tudela con su familia, que, creo, no se había sentido nunca tan importante como el día que entramos en su habitación ofreciéndole un montón de libros, para que eligiera los que quisiera. Nos miraba con cara de incredulidad y de sentirse mimado. Este niño tiene cuatro años y ahora es socio de la biblioteca.

Algunas veces, los libros que dejan los niños son leídos por los celadores o por el personal que está de guardia, por no tener nada mejor que hacer. Esto me resulta curioso porque a mí, que no puedo vivir sin libros y que normalmente leo hasta tres a la vez, no se me ocurriría ir a trabajar una noche sin llevarme un libro por si acaso. Simplemente para los ratos muertos, si los hay. Cuando hay un fin de semana largo, me surto bien con tres o cuatro libros y aunque luego surjan otros planes que me impidan dedicar tiempo a leerlos, ahí están, por si pudiera necesitarlos.

Realizar este servicio no supone para mí ningún esfuerzo extraordinario, ni siquiera hago algo que se salga fuera de lo que normalmente hago en la biblioteca, pero sí es cierto que me produce gran satisfacción poder hacerlo en un ámbito diferente al de la biblioteca.

Desde el día que empezamos, descontando el mes de julio, hasta el día de hoy, hemos atendido a 55 niños y hemos prestado más de 150 libros.

26

También hay que decir que unos siete libros han desaparecido, pero creo que aún así, la actividad merece la pena, ya que el conocimiento de la biblioteca y de lo que ésta puede ofrecer está llegando a muchísima más gente que si nos limitáramos a sus instalaciones.

Porque no han sido una ni dos las personas que, después de coger los libros, han ido a buscar dinero para pagarnos el «alquiler». Y más de uno nos ha rechazado porque habían ido al hospital sin dinero y no podían pagarnos. Total, que esto de dar libros gratis para leer todavía resulta una novedad para muchas personas.

Hemos tenido casos de niños que, con dos años y medio, era la primera vez que cogían un libro para que su madre les leyera. Esto lo sabemos porque nada más entrar en la habitación y presentarnos, las madres nos han dicho, que libros no quieren, que son muy pequeños todavía. Las hemos tenido que convencer, explicarles que hay muchos tipos de libro, que no cuesta nada intentarlo y que a casi todos los niños les gusta que les cuenten un cuento, y que siempre es mejor que se acostumbren a leer que a ver la tele, porque curiosamente, para ver la tele nunca son demasiado pequeños. Al final han cedido «Bueno, pero solo uno, con uno ya tengo bastante». Ni que decir tiene que los niños se quedaron tres libros, pues ¡buenas somos nosotras!, como para irnos de vacío habiendo una posibilidad.

Estos son casos aislados. Por lo general, la respuesta de la gente es de total aceptación y agradecimiento. Todos los miércoles oímos por lo menos una vez «qué buena idea habéis

tenido». Los objetivos propuestos se cumplen sin problema, el servicio satisface a la gente y mi valoración personal es muy positiva. Tengo que decir que disfruto mucho haciendo esto y que cada semana espero con impaciencia ese par de horas que paso en el hospital dejando libros a los niños y a algún que otro padre. Además, la amabilidad y alegría con la que nos recibe todo el personal, cada vez que vamos, hace que las ganas de ir aumenten cada día.

La fotografía es de Carlos Casariego en *Bibliotecas para Pacientes*. Ministerio de Cultura, 1992



Prestación Social Sustitutoria en la Biblioteca para pacientes del Hospital Clínico Universitario «Lozano Blesa», Zaragoza

27

Juan Manuel GARCÍA CÁMARA *

Introducción

No fue un acontecimiento excesivamente grato cuando en aquel desapacible día, en el invierno de 1995, me notificaron mi inmediata incorporación para realizar la Prestación Social Sustitutoria (P.S.S.).

¡Vaya lata!, me dije. Yo pensaba que ya se habían olvidado de mí, pero estaba equivocado. Pese a todo, del mal el menos, pues había solicitado realizar mi labor en bibliotecas y allí me enviaron: a la Biblioteca del Hospital Clínico Universitario de Zaragoza.

Mi primera impresión al verla fue tremendamente positiva: estaba ubicada en la planta 12ª, constaba de unos 120 m², buena iluminación, unas instalaciones mobiliarias más que aceptables y un fondo bibliográfico bastante equilibrado.

Puesta en marcha en el año 1991 por iniciativa del Insalud con un lote inicial de 1.500 volúmenes, había correspondido al propio Hospital dotarla de personal (1 auxiliar administrativo), proporcionar los medios para su puesta en marcha, así como su mantenimiento.

* Becario de la Biblioteca General de Navarra